

La violencia del silencio: sexualidades disidentes, denegadas, exiliadas.

VALENTINI, Francesca / Università degli Studi di Trieste - valentinifrancesca83@gmail.com

Eje: Cuerpo, política y crueldad Tipo de trabajo: ponencia

- *Palabras claves: Cuba, sexualidades alternativas, mujeres, represión, minorías.*

• **Y Resumen**

El presente estudio quiere analizar cómo las sexualidades alternativas, las mujeres y los afrocubanos vivan bajo del gobierno revolucionario cubano. “La revolución heredó de la sociedad anterior la homofobia” (Espinosa Domínguez 2003: 177) y más no supo erradicar el machismo y la convicción de que a la mujer le pertenezca un rol fijo dentro del núcleo familiar. La literatura recoge la voz de quien se queda fuera del discurso que aspira a la creación de una nueva identidad nacional; las que se suelen definir minorías, las mujeres, los afrocubanos y los homosexuales, no encuentran una libertad expresiva y tampoco parecen encontrar el derecho de existir en una sociedad que todavía pretende ser igualitaria. A las primeras persecuciones de los que no respetaban el modelo nacional del criollo heterosexual y las leyes de una sociedad patriarcal, a pesar de la llamada “rectificación” del gobierno castrista que admitió los errores de la revolución, siguió una violencia a veces peor que es la del silencio, del exilio en patria, del olvido.

• **Y Presentación**

Lo que este relato quiere subrayar es cómo el mundo literario cubano ha trabajado para construir una identidad nacional verdaderamente inclusiva partiendo del rescate de la figura femenina, pasando a través de la valorización del mestizaje y de las raíces africanas de la mayoría de los cubanos, hasta llegar al reconocimiento de las sexualidades alternativas. La literatura es el primer lugar donde estas subjetividades pueden expresar su derecho de existir. Es en las páginas literarias que se materializan los límites de un sistema hegemónico que pretende reglamentar la sociedad eliminando los quienes no responden al modelo del buen revolucionario.

- **Y Mestizaje, homosexualidad y mujeres: la política de exclusión de un gobierno inclusivo**

La revolución cubana de los barbudos contra Batista y su gobierno no ha sido solo una batalla política sino una pelea social y cultural contra una visión estrechamente ligada a la subalternidad colonial y neocolonial. Al principio, los homosexuales y los grupos sociales aislados por el gobierno de Batista vieron en la revolución la posibilidad de un país más tolerante y basado en la justicia social. Durante la dictadura de Batista fueron toleradas la conducta homosexual y la prostitución como irritable necesidad para un país que quería incentivar el turismo, todavía “los prejuicios no eliminaban, sin embargo, las famosas recogidas -operaciones policiales- en las cuales grupos de locas eran llevadas a prisión por unas horas, tal vez días, y luego puestas en libertad después de pagar una multa” (Jambrina 2009: 55).

El triunfo de la revolución trajo consigo un complejo, y a la vez ambiguo, sistema de control social que a menudo ha sido acusado de no respetar la libertad individual, sobre todo limitando la expresión y la representación de los rasgos que no parecen pertenecer a lo que la revolución ha definido *lo cubano*. Las expectativas de los que habían visto la revolución como el reconocimiento de su propio derecho de existir fueron desilusionadas desde los primeros años del gobierno de Castro. Durante las primeras décadas revolucionarias la preocupación mayor era la de erradicar todas las amenazas a la identidad nacional construida alrededor de la figura criolla del hombre blanco y heterosexual. No parecía posible incluir la disidencia sexual en la nueva identidad nacional y tampoco era posible abandonar la idea estereotipada de la femineidad. Desde las primeras novelas de la tradición literaria cubana, muchas obras se enfocaron en la representación de mujeres que se quedan fuera de la sociedad ideal por ser emancipadas y sexualmente activa, encarnando el papel de “la mala mujer” contra la imagen, típicamente romántica, del ama del hogar. A menudo, la independencia femenina se traduce en lesbianismo, como en las obras de Miguel de Carrión y Cárdenas, *La honradas* (1917) y *Las impuras* (1919) o en la novela de Ofelia Rodríguez Acosta, *La vida manda* (1929); las mujeres que gozan del sexo son necesariamente desviadas y las lesbianas sufren necesariamente de una enfermedad social. La representación literaria de estas mujeres siempre es vinculada al deseo de presentar un ejemplo negativo y antitético con respecto a lo que la sociedad acepta y por eso el mensaje que se desprende es una condena de estas conductas impropias. Son muy pocas las obras que se atreven a representar personalidades que se destacan del modelo impuesto por el sistema persiguiendo un fin diferente de la crítica social; unos de los pocos ejemplos puede ser la producción de Mercedes Matamoros, por ejemplo *El último canto de Safo* (2003 [1902]), que presenta subjetividades homoeróticas y que explora los goces alternativos. La ruptura entre identidad sexual no normativa y valores nacionales se hizo más fuerte en los albores de la revolución porque los revolucionarios miraban con desprecio a todos los que no se homologaban al androcentrismo y a la

falocracia institucional, más se advirtió la necesidad de limpiar la sociedad cubana, aunque a través de la violencia. El principal intento fue lo de erradicar la prostitución y la homosexualidad consideradas una lacra burguesa. Empezó la que fue llamada “Operación Triple P”, o sea, una verdadera persecución contra prostitutas, pederastas y proxenetas. Durante esta fase, intelectuales como José Lezama Lima, Calvert Casey, Virgilio Piñera y Reinaldo Arenas fueron objeto de ostracismo y en algunos casos de violencia y persecuciones (Correa Mujica 2003). Como recuerda Padura Fuentes, “lo primero que ocurre es el Congreso de Educación y Cultura de 1971, donde sí queda establecido que los homosexuales no podían trabajar ni en la educación ni en la cultura. Ese fue el inicio de una década muy dura(...)” (2002: 122) o como escribe en su autobiografía Reinaldo Arenas cuando habla del *parametrage*, “es decir cada escritor, cada artista, cada dramaturgo homosexual recibía un telegrama en el que se le decía que no reunía los parámetros políticos y morales para desempeñar el cargo que ocupaba y, por tanto, era dejado sin empleo o se le ofertaba otro en un campo de trabajos forzados” (2011: 164)'. En las UMAP, Unidades Militares de Ayuda a la Producción, como testimonia Félix Luis Viera en *Un ciervo herido* (2002), se encontraban homosexuales, religiosos, holgazanes y juerguistas; en estos campos de internación, trabajaban todos los quienes eran considerados indeseables y una placa de la entrada recitaba “El trabajo os hará hombres”, que nos recuerda el hitleriano “*Arbeit macht Frei*” pero con una alusión explícita a la convicción de que la homosexualidad sea una enfermedad curable. La dura represión de las sexualidades alternativas en Cuba ha sido unas de las causas de la diáspora que ha interesado el mundo intelectual cubano. Durante mucho tiempo las obras de los que se fueron, de los que los revolucionarios llamaban gusanos y traidores, no fueron incluidas en la articulación del canon literario de la revolución: Sarduy, Arenas, Zoé Valdés y Cabrera Infante, por ejemplo, con sus temas considerados contrarrevolucionarios por tratar, entre otros, también el tema del homoerotismo, por muchos años fueron censurados, ignorados y olvidados por los órganos culturales oficiales. Los grupos sexuales alternativos, especialmente las lesbianas, permanecieron ausentes del discurso nacional, como son excluidas otras categorías de personas que rechazan la sociedad machista y a menudo racista por celebrar el mito de la blancura como requisito fundamental para desempeñar un papel público. A la heterocracia institucional se acompaña una blancocracia no explícitamente admitida que todavía siempre ha existido en Cuba y que sigue existiendo en cierto modo. Desde la que se considera la primera novela cubana, *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel* de Cirilo Villaverde (1964 [1839]), es evidente como la legitimación del poder pase por la inscripción racial de los cuerpos. Desde el principio del signo XX, de hecho, empieza lo que se puede definir el desarrollo de la cultura sometida de los esclavos africanos. Es Lydia Cabrera la primera escritora que se interesó al elemento africano en la sociedad y en la literatura cubana, abandonando los estereotipos sociales y afirmando el mestizaje como raíz de lo cubano. La multirracial “nuestra América mestiza” de José Martí (2010: 34) encuentra su realización en la obra de Lydia Cabrera que, con el cuñado Fernando Ortiz,

afirma que “sin el negro Cuba no es Cuba” (Guanche 2002: 13). La negritud pierde su vínculo con los estereotipos del Calíban o del buen salvaje y, como dice Martí, “el mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico” (2010: 34), así que las raíces afrocubanas se convierten en el tema de muchas obras literarias y antropológicas (Regazzoni 2006). Si las raíces negras son incluida en la búsqueda teórica de una identidad nacional, todavía hay autores que siguen lamentando la marginación que sufren los afrocubanos, las sexualidades alternativas y las mujeres en la sociedad. La tendencia al ocultamiento de la ascendencia negra, considerada indeseable, una mancha despreciable, se encuentra, por ejemplo, más de un siglo después de la novela de Cirilo Villaverde, en la obra de Daisy Rubiera Castillo, *Reyita, sencillamente* (1997), donde la protagonista, Reyita, expresa su deseo de “adelantar la raza” a través de su casamiento con un blanco. Al sufrir las discriminaciones por parte de la sociedad y también de su propia mamá, Reyita no quiere tener hijos que no tengan la piel blanca para que no sufran lo que ha padecido ella. Poder social, valor social y raza aparecen estrechamente ligados entre sí aunque la revolución pretenda dibujar una sociedad nueva y inclusiva. De hecho, si la revolución cubana ha tratado de promover la igualdad racial, sexual y de género, impulsando, por ejemplo, las mujeres a la participación activa en la construcción de la nueva identidad cubana, es evidente la perpetuación de la jerarquía sexual y social, así como racial. Si la problemática de las diferencias entre las razas que componen la realidad cubana persiste, tampoco la situación de las sexualidades alternativas encuentra una solución dentro de la identidad revolucionaria.

Las reflexiones de las críticas feministas y, luego, de los estudios de género, han evidenciado como el género sexual es algo políticamente codificado, no sólo una preferencia expresada en el privado. Las representaciones sociales de las sexualidades alternativas las presentan como una transgresión al sistema binario de los géneros: en la dicotomía performativa que establece un rol fijo a cada género, pasivo para lo femenino y activo para lo masculino, la homosexualidad queda fuera del esquema de la pareja socialmente aceptada. Al igual que los disidentes políticos, los que forman parte de esa categoría de excluidos de la pareja normativa son sujetos que están también fuera del espacio nacional. Los intentos de los autores de representar las diferentes sexualidades a menudo han sido considerados como actos subversivos, como negaciones de los valores sobre los cuales se construye en concepto de identidad nacional y de cubanía. Si esta tendencia caracteriza toda la producción literaria de una sociedad androcrática y machista como es la cubana, son sobretodo las primeras décadas de la Cuba revolucionaria las que sufren más de esta posición duramente reguladora que ve en la literatura un medio para difundir los ideales revolucionarios. La literatura, de hecho, tiene que reproducir los cimientos de la cubanía y se convierte en la expresión no de un sentido individual sino colectivo desde el cual las sexualidades alternativas se quedan fuera. La nacionalización de la producción cultural condena los mensajes alternativos al silencio. El vínculo que se crea entre los principios revolucionarios y la creación literaria,

de hecho, excluye la voz de quien no se refleja en la imagen del buen revolucionario. Como sostiene Patricia Valladares-Ruiz, “la expresión de voces disonantes en el concierto revolucionario estaba condicionada por la capacidad de amalgamarlas a una serie de intrincados artificios narrativos, de esa forma, la exploración de subjetividad ajenas al sistema hegemónico quedaba relegada a segundos niveles de enunciación” (2012: 47). En el pensamiento revolucionario no hay una línea, una frontera, entre el espacio público y lo privado: posición política y sexualidad no aparecen como esferas distintas sino estrechamente vinculadas, así como la ficción literaria y los principios revolucionarios. Si no se puede separar lo cubano y el socialismo, así no se puede separar lo cubano y la imagen del criollo blanco heterosexual. La política de inclusión solo interesa a quien respecta la normativa reguladora. La representación social de la homosexualidad masculina es asociada a características típicas del estereotipo de lo femenino como la sumisión y la debilidad mientras el lesbianismo es lo que sufre más el olvido. La homosexualidad femenina se percibe como ajena a la dinámica del poder y por eso no forma parte del sistema represivo del régimen como la masculina. En los últimos años el mundo de la cultura parece el único lugar donde estas identidades pueden encontrar su lugar después de una batalla larga y sufrida. Lentamente, en efecto, los autores han empezado a representar en sus obras personajes abiertamente homosexuales a pesar de los tabúes.

Este fenómeno, según Patricia Valladares-Ruiz, sufre de una fuerza diferente cuando se habla del mundo lesbiano donde al principio básico de la discreción, que guía la administración del sistema de las identidades alternativas, se suma el principio de autoinclusión que pasa a través de formas identitarias más inteligibles como la soltería, falsas relaciones de normativa heterosexual, hasta llegar a una afirmación de desinterés para el sexo y las relaciones. La invisibilidad, que Irigaray teoriza como la respuesta a las imposiciones de un sistema que ve en la pareja heterosexual la única forma permitida de relación sexual, es una necesidad más sentida en un país que no separa lo público de lo privado. Solo a través del anonimato sexual estas identidades pueden encontrar un lugar en el espacio público. Es el anonimato lo que acomuna las representaciones de las sexualidades alternativas en la literatura contemporánea. Desde la última década del siglo XX, son numerosos los autores que se atreven a darles voz a personajes que viven al margen del sistema institucional. Lo que acomuna autores como Pedro Juan Gutiérrez, Leonardo Padura Fuentes y Jorge Ángel Pérez entre otros, es la voluntad de echar un vistazo en los rincones más escondido de la sociedad donde viven los que el discurso nacional silencia y rechaza. Es esta inclusión de minorías en los textos literarios que pone en discusión el sistema hegemónico que exige eliminar los que no respetan la imagen ideal del buen revolucionario. Estos personajes que viven en los barrios más pobres son voces olvidadas por el sistema: la construcción de la identidad de la nación revolucionaria pretende borrar estos sujetos no sujetos, cuerpos que no importan (Butler 2015). Homosexuales, prostitutas, indigentes, travestí comparten el mismo lugar escondido desde donde no es

posible salir, desde donde no es posible esperar en un rescate; se mueven en un escenario hecho por miseria, pobreza, violencia y decadencia, tanto física como psicológica. Los homosexuales sufren abusos de cualquier tipo por parte de turistas aprovechados, de su propia familia y de otros personajes que utilizan la violencia contra los homosexuales como instrumento de reivindicación del poder hegemónico del género masculino. La decadencia de la moral se refleja en el contexto urbano donde estos personajes viven entre ruinas y violencia. La agresividad de los machos, que encuentran en la subyugación de lo demás la prueba de su propia virilidad, se manifiesta contra los sujetos más débiles en el discurso social: las mujeres, los negros y los homosexuales. Es a través de estas imágenes que los autores revelan la verdadera cara de un país que ha construido su identidad sobre principios de exclusión de las subjetividades alternativas. Los fallos del sistema heterocrático surgen a través de los personajes que viven marginados en un contexto social que tolera también la violencia para reivindicar la dicotomía masculino/femenino. El homosexual es visto como una verdadera amenaza a la virilidad, y por su parte el homosexual vive el conflicto que viene del contraste entre lo que es y lo que quiere ser. Muchas veces esta pelea entre cuerpo y identidad se resuelve en la reproducción paródica de lo que la sociedad requiere como su fundamento: la pareja heterosexual, la única garantía de la confirmación de los roles codificados. Este mecanismo resulta evidente en las obras de Pedro Juan Gutiérrez- *El Rey de La Habana* (2004) y *La Trilogía sucia de La Habana* (2012)- donde los homosexuales siempre reproducen con su conducta el estereotipo de la mujer frágil y débil. En el cuento de Yoss *En la diversidad* (1997: 128-145) hay el más explícito análisis de cuanto la performatividad social influya en la determinación de la propia identidad sexual. La de Yoss es una verdadera denuncia de la homofobia que reina en Cuba, homofobia acentuada durante los primeros años de los noventa por el elevado número de seropositivos. El protagonista de Yoss reflexiona sobre su bisexualidad y sobre sus temores, sobre la sufrida aceptación de su identidad sexual que pasa antes a través de una homosexualidad activa la cual es la condición que se parece más a la heterosexualidad. El papel activo en la relación homosexual es para Leonardo, el protagonista, la última máscara de una heterosexualidad impuesta por una sociedad performativa. Todavía la autoimposición de Leonardo limita su propio deseo sexual y no le permite de vivir libremente su propia sexualidad. La convicción de que quien posee no es un verdadero homosexual impide a Leonardo de expresar su propia alteridad que él vive como doblemente problemática por sentirse excluido por parte de los homosexuales y al mismo tiempo por lo heterosexuales. La condición de bisexualidad es para Leonardo una doble exclusión que deriva de una doble transgresión: al código homosexual y al mismo tiempo a lo heterosexual. El aislamiento vivido por Leonardo es peor de lo sufrido por los homosexuales porque se configura en la imposibilidad de reconocerse en un grupo que pueda comprender sus sentidos y su condición.

Esta condición de marginación total es advertida con mayor fuerza por las mujeres que no respetan el código

romántico del ama del hogar. Desde los primeros ejemplos de literatura nacional, la mujer ha sido representada utilizando características típicamente europeas, sin tener en cuenta la profunda diferencia que existe entre las mujeres de Europa y las cubanas, quienes han heredado rasgos de varios países y han tenido una historia hecha a menudo por esclavitud y explotación. El mestizaje cubano se ha quedado fuera de las páginas literarias, donde, como recuerda Inés María Martiatu, “la belleza de la mujer negra ha sido desacreditada” (Álvarez 2010: 43). La mujer cubana ha sufrido el mito de la blancura, ha tenido que enfrentarse con la imagen del estereotipo de la mujer delicada y pasiva. Son las escritoras de las últimas décadas que han tratado de representar una mujer nueva, desconocida por la tradición literaria anterior. Son voces femeninas que viven en el contexto cubano pero también que viven en el extranjero, son escritoras que tratan de dibujar la figura femenina desde una perspectiva que sea femenina, a través del código interpretativo femenino y no a través de una lógica falocéntrica. La gama de las temáticas enfrentadas por estas escritoras es extremadamente amplia porque mira a la representación de todas las maneras de ser mujer; así que las protagonistas de estas obras son prostitutas, lesbianas, madres, hijas, casadas y solteras que al vivir su propia cotidianidad expresan su ser femenino que a menudo se destaca de lo femenino tradicional. Los personajes de Mirta Yáñez, por ejemplo, son mujeres que enfrentan la vida luchando, peleando y enfrentando los problemas cotidianos sin rendirse. En *Sangra por la herida* (2010), una de las últimas obras de Yáñez, se cruzan voces femeninas diferentes, cada una con su historia y cada una con su destino. La obra puede ser considerada un escaparate de mujeres profundamente diferentes: hay la vieja santera que celebra sus santos, hay la periodista que trata de resolver un caso de homicidio, hay una mujer que habla sola en el parque de La Habana, una ciudad que se está muriendo, hay la mujer que vive en extranjero y que quiere olvidar su pasado de pobreza y de falta de recursos. Estas mujeres extremadamente diferentes comparten la misma tristeza por un episodio del pasado que les causa remordimiento y culpa: el suicidio de una compañera de la Universidad que había sido víctima del dogmatismo del Estado durante los primeros años de la revolución. Lo interesante de este cuento de Mirta Yáñez es que la condición femenina impregna todo: la tradición literaria y la historia son reescritas desde el punto de vista femenino. Es a través del personaje de Gertrudis, nombre que recuerda Gertrudis Gómez de Avellaneda, autora de *Sab* (2010 [1841]) novela que trata el problema de la esclavitud pero también lo de las mujeres en la sociedad cubana del siglo XIX, que la autora pretende imaginar el mundo como si los personajes principales hubieran sido mujeres, viendo el mundo desde un punto de vista “otro”: Don Quijote de la Mancha se convierte en Doña Quijota de la Mancha, el Edipo Rey en la Edipa Reina, Romeo y Julieta en Romea y Julieta, el Martín Fierro en la Martina Fierro. La subjetividad femenina invade los espacios que siempre han sido ocupado por hombres, los héroes son sustituidos por heroínas para crear una historia nacional alternativa, para una cultura sin una jerarquía de género en la cual la figura femenina no sea sólo una aparición sino una protagonista. Las palabras de Gertrudis, como las de denuncia contra la explotación de los esclavos y contra la condición femenina de

Gertrudis Gómes de Avellaneda, exigen mostrar que hay otros punto de vista no solo necesariamente lo falocrático. *Sangra por la herida* señala como la historia ha sido condicionada por una perspectiva machista que la Yáñez piensa de sustituir por una capaz de incluir lo femenino, para responder a las palabras de Luisa Campuzano que subraya la ausencia de las mujeres durante los primeros años de la revolución (1996). Por las autoras de las últimas décadas se ha asistido a una verdadera invasión de temáticas que rodean entorno al universo femenino como si fuera necesario por el mundo cubano una exasperación del tema femenino para conseguir la atención del mundo androcrático. Las categorías femeninas que tienen mayores dificultades a ser aceptadas por el sistema son las de las lesbianas y las de las bisexuales. Al igual que la homosexualidad masculina, la homosexualidad femenina no ha sido codificada en el sistema de control social: los sujetos que no siguen el modelo pensado por la sociedad performativa, son aislados, silenciados y olvidados. Esta condena aparece clara en la novela *Alguien tiene que llorar* (2013: 112-127) de Marilyn Bobes donde la alternancia de cuatro voces explora las razones que han llevado a la muerte una mujer, Maritza. La narración retrocede hasta los años de la juventud de cuatro amigas y presenta estas cuatro personalidades diferentes. Maritza es vista por los ojos de sus amigas y delicadamente emerge su homosexualidad que ella nunca ha podido manifestar por ser enamorada de una de sus tres compañeras. Las narradoras representan maneras diferentes de vivir lo femenino, maneras que condicionan los juicios que ellas ofrecen sobre Maritza y su conducta. La que más crítica Maritza es Alina que representa el estereotipo de la mujer casada y devota que mira a las mujeres solteras e independientes como amenazas por la integridad del núcleo familiar. Alina resulta cruel respecto a su amiga Martiza: critica duramente sus costumbres y su aspecto físico que no lleva las marcas típicas del embarazo. Alina es la que más representa la intransigente sociedad cubana que ve a la mujer solo como una madre y una esposa, de hecho, juzgando el suicidio de Martiza dice: “Una mujer como Martiza, sin hijos, sin marido y con su patología, ¿para qué quiere vivir? Es como cuando te nace un niño anormal, aunque sea tu hijo, es mejor que se muera, ¿no? Ella tomó una decisión y tenía motivos para suicidarse” (Bobes 1996: 121). Las palabras de Alina condenan sin piedad a Martiza: su identidad sexual es considerada una “patología” igual a una anomalía de un niño. El suicidio de la mujer parece correcto por no haber cumplido su propio rol social, y al mismo tiempo político, de esposa y madre. La voz de Alina es la voz de una sociedad que pretende uniformar las ideas de todos. Una subjetividad como la de Martiza sufre no solo el rechazo de la sociedad en general sino también de su amiga más cercana. La vida de Martiza resumen la de muchas mujeres que por su propia alteridad son dejadas al margen de la sociedad. Su propia vida no merece como la de quien sigue las reglas de un sistema hegemónico que no tolera las identidades que no se reflejan en el binarismo femenino/masculino. La personalidad y la identidad sexual de Martiza la colocan entre los indeseados, como Elisa, la protagonista de *El monte de Venus* de Mercedes Santos Moray (2001), obra en la cual se encuentran otra vez los temas del lesbianismo y del suicidio, denunciando como la única libertad posible para estas mujeres a menudo sea la muerte. Silencio, muerte y soledad son condiciones

que parecen estrictamente vinculadas con el lesbianismo. Las escritoras de las últimas décadas han explorado a menudo esta temática dando voz a todas las que viven en esta posición de doble silencio: primero por ser mujeres, porque, como dice Jesús Jambrina, la mujer en la realidad del Caribe “es el símbolo de lo débil, lo subordinado, pero sobre todo de lo no atendible cuando de asuntos públicos (...) la mujer cumple aquello que el hombre estipula” (2009: 58-59), y segundo por ser lesbianas y entonces fuera de la pareja heterosexual fundamento de la identidad nacional. Las protagonistas literarias luchan para su libertad pero siempre encuentran los límites que el machismo les impone. Evidenciar las condiciones de los que la sociedad a menudo olvida, silencia y rechaza es una manera para mostrar los límites de la definición de lo cubano: una identidad nacional no puede ser construida a partir de la exclusión. Aunque con respecto a los primeros años de la revolución haya mejorado la condición de las minorías, todavía sigue existiendo la violencia del silencio que el mundo de la cultura lentamente está combatiendo a través de sus personajes alternativos, desviados, excluidos porque, como subraya Luisa Campuzano, “las formas culturales no solo reproducen sino producen la realidad” (2004: 151).

- **Y El cine como instrumento contra la homofobia**

La voz de la disidencia sexual y de la denuncia de lo que tenían y que tienen que padecer los que expresan su propia orientación sexual a menudo se ha expresado por medio del cine.

En 1984 Néstor Almendros y Orlando Jiménez Leal presentaron el documental *Conducta impropia*, una narración coral sobre las UMAP. Muchos intelectuales exiliados por el gobierno castrista participaron a la realización de este dramático testimonio de las atrocidades que tuvieron que sufrir "los indeseables". A través de las voces de Reinaldo Arenas, de José Mario y, entre otros, de los bailarines del Ballet Nacional cubano protagonistas de la histórica defección en 1966, el director reconstruye la historia de todos los que fueron acusados por su conducta y obligados a trabajar en los campos de internamiento. Los testimonios hablan de verdaderas humillaciones públicas, de acusaciones absurdas y de prácticas atroces contra todos los que no respetaban el modelo dominante. Las experiencias sufridas por los internados fueron terribles entre trabajos forzados, denuncias públicas, pérdida de identidad, negación de los derechos humanos. La película de Almendros es una suma de voces que quieren compartir con el mundo el destino reservado a quien es visto como una amenaza por la sociedad revolucionaria; homosexuales, prostitutas, testigos de Jehová y todos los que solo parecen contrarrevolucionarios padecen la misma suerte: sus vidas no valen nada y tienen que ser olvidadas, canceladas, "corregidas" como dice José Mario.

La condición de los homosexuales durante las primeras décadas del gobierno revolucionario es el tema

también de la película *Fresa y Chocolate*, basada en el cuento de Senel Paz. Diego, el protagonista, puede ser considerado el *alter ego* de muchos intelectuales cubanos que han sido condenados al silencio por su propia orientación sexual. Al presentarse a David, un joven estudiante comunista, Diego elige darle unas informaciones que podrían ser problemáticas para él:

Antes voy a precisarte algunas cuestiones porque no quiero que luego vayas a decir que no fui claro. (...) Yo, uno: soy maricón. Dos: soy religioso. Tres: he tenido problemas con el sistema; ellos piensan que no hay lugar para mí en este país, pero de eso, nada; yo nací aquí; soy, antes que todo, patriota y lezamiano, y de aquí no me voy ni aunque me peguen candela por el culo. Cuatro: estuve preso cuando lo de la UMAP. Y cinco: los vecinos me vigilan, se fijan en todo el que me visita. (Paz 2013: 17)

Es interesante ver cómo Diego ha seleccionado las informaciones: la vida pública y la privada son vinculadas entre ellas, no hay ninguna distinción entre las dos. La exigencia de expresar su cubanía es la consecuencia de la exclusión de las sexualidades alternativas por parte de las normativas hegemónicas. Diego pretende aunar su identidad sexual y su patriotismo en un país que no parece dispuesto a aceptar quien no respecta la imagen del buen revolucionario heterosexual y socialista. Las palabras del artista pintan perfectamente la situación de los homosexuales cubanos mirados por lo demás como contrarrevolucionarios por su identidad sexual: "es difícil estar con quien te pide que dejes de ser como eres para aceptarte" (Paz 2013: 46). Esta frase resume el problema de la inclusión de las minorías: no hay inclusión sin una negación de lo que no refleja el modelo impuesto por la sociedad performativa. Por eso, finalmente, Diego, como muchos otros artistas, tendrá que dejar su querido país; al despedirse de David, el artista afirma que los revolucionarios actúan como si la homosexualidad no existiera. En su "me voy" está cerrada toda la tragedia de quienes quedan excluidos de la sociedad, de quienes el sistema deliberadamente ignora.

Hoy día se pueden encontrar numerosos documentales sobre Cuba, la UMAP y lo que padecieron los internados: el cine, como la literatura, y probablemente por su mayor difusión, más que la literatura, está contribuyendo a evidenciar los errores de la revolución, ofreciendo, al mismo tiempo, una crítica constructiva para que Cuba se convierta verdaderamente en una sociedad nueva y para todos.

- **Y A modo de cierre**

La sociedad cubana, desde su independencia, ha buscado su propia identidad libre de la perspectiva de los colonizadores y de la sumisión al modelo europeo, inadecuado para representar la sociedad caribeña y su peculiaridad. La literatura ha desempeñado un papel decisivo durante esta búsqueda iluminando las varias componentes de la realidad cubana, aunque las que nunca han tenido una verdadera dignidad social. Las

páginas literarias han enfrentado los problemas sociales a través de sus personajes y a menudo a través de la vida de los mismos autores: han tratado de erradicar el racismo, herencia de la sociedad colonial, recuperando y valorizando las tradiciones africanas, celebrando el mestizaje como elemento imprescindible de la cubanidad, luego han representado la condición de subordinación de las mujeres y la falta de posibilidades para ellas de librarse del mito de lo eterno femenino. Las reflexiones sobre los géneros sexuales y la sexualidad se han confrontado con la ideología machista y patriarcal de la sociedad caribeña y con el régimen castrista que no ha sabido erradicar la homofobia sino que, por el contrario, ha perseguido en la dirección del rechazo y de la negación de los goces alternativos. El primer resultado fue lo de llamar la atención del mundo de la cultura occidental, al principio fascinado por el sueño revolucionario, que todavía supo reaccionar contra los abusos del sistema político determinando, en algunos casos, una diferente conducta del gobierno, el objetivo final, por supuesto, sería lo de promover un verdadero cambio dentro el pensamiento cubano.

Bibliografía

- Álvarez, S. (2010). "Mujeres, raza e identidad caribeña. Conversación con Inés María Martiatu". En *La Gazeta de Cuba*, enero-febrero/10, pp. 42-45, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba.
- Arenas, R. (2011). *Antes que anochezca*, Barcelona: Tusquets.
- Bobes, M. (2013). "Alguien tiene que llorar", en Hernández Hormilla, H., *Palabras sin velo*, pp. 112-127, La Habana: Editorial Caminos.
- Butler, J. (2015). *Corpi che non contano*, Milano: Mimesis.
- Campuzano, L. (2004). *La muchachas de La Habana no tienen temor de Dios*, La Habana: Edición Unión.
- Carrión y Cardenas, M. de (1917). *La honradas*, La Habana: Editorial de Arte y Literatura.
- Carrión y Cardenas, M. de (1919). *Las impuras*, La Habana, Librería nueva.
- Correa Mujica, M. (2003), "La generación de Mariel: literatura y transgresión". En *Espéculo* 23.
- Espinosa Domínguez, C. (2003). *Virgilio Piñera en persona*, Denver: Término Editorial.
- Gomez de Avellaneda, G. (2010 [1841], *Sab*, Barcelona: Linkgua.
- Guanche, J. (2002). *Transculturación y cubanía*, La Habana: Ediciones Extramuros.
- Gutierrez, P. J. (2004). *El Rey de La Habana*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- Gutierrez, P. J. (2012). *Trilogía sucia de La Habana*, Barcelona: Editorial Anagrama.
- Jambrina, J. (2009). "La política del gasto: la revolución cubana contra los homosexuales (1959-1974)", en Aguilera, C. A., *La utopía vacía. Intelectuales y Estado en Cuba*, pp. 53-64, Barcelona: Linkgua Ediciones S.L.
- Martí, J. (2010 [1891]). "Nuestra América", en Rafael, L., *Identidad y descolonización cultural. Antología del ensayo*

- cubano moderno*, pp. 30- 39, Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- Matamoros, M. (2003). *El último amore de Safo*, Malaga: Tapa Blanda.
- Padura Fuentes, L. (2002). *La novela de mi vida*, Barcelona: Tusquets.
- Paz, S. (2013). *Fresa y chocolate*, Villatuerta: Editorial Txalaparta.
- Regazzoni, S. (2006). "La ambigua realidad afrocubana en los cuentos de Lydia Cabrera", en *Alma Cubana: Transculturación, Mestizaje e Hibridismo*, Madrid: Iberoamericana- Frankfurt am Mein: Vervuert.
- Rodríguez Acosta, O. (1929). *La vida manda*, Madrid: Editorial Rubén Darío.
- Rubiera Castillo, D. (1997). *Reyita, sencillamente*, La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Santos Moray, M. (2001). *El monte de Venus*, La Habana: Extramuros.
- Valladares Ruiz, P. (2012). *Sexualidades disidentes en la narrativa cubana contemporánea*, Woodbridge: Tamesis.
- Viera, F. L. (2002). *Un ciervo herido*, Puerto Rico: Edición Plaza Mayor.
- Villaverde, C. (1964). *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*, New York: Las Américas Publishing.
- Yáñez, M. (2010). *Sangra por la herida*, La Habana: Edición Unión.
- Yoss (1997). "En la diversidad", en *Toda esa gente solitaria: 18 cuentos cubanos sobre el SIDA*, pp. 128-145, Madrid: La Palma.